

# Dólar en la calle

---

Pablo Racca es  
un escritor rosarino  
*[pbloracca.com.ar](http://pbloracca.com.ar)*

**El hombre**, desde un costado, mira el billete de cien dólares en medio de la calle ancha en ese país donde la economía se desploma. Las ruedas de los autos, que construyen uno a uno el concepto de tránsito inaudito, apla-

nan o hacen volar o dar saltitos al billete verde, cuyo valor no puede determinarse a distancia: la secuencia uno-cero-cero se dibuja en la mente de nuestro personaje, la cara del presidente norteamericano también. Pero es sobre todo el tacto, la sensación del papel moneda sobre la yema de los dedos lo que inunda el imaginario de los dos hombres que miran desde

la vereda. Ya son dos atendiendo la situación, dos los que imaginan una pequeña fortuna instantánea, uno a cada lado de la ancha calle o avenida —ancha como de seis o siete carriles —, y los dos han detectado la presencia del otro.

El tránsito, se ha dicho, no deja margen para tomar el riesgo de dar un paso sobre el asfalto. Algunas

opciones para describir lo que sucede en la avenida: a) aceleración aturdi-  
da, b) flujo ordenado (en una visión macro que descarte mayor detalle), ó  
c) línea punteada y gorda sin líder preciso que se dirige a otra parte porque nadie quiere quedarse en su lugar. De hecho, ¿quién está quieto en este mundo? ¿O qué cosa, cuando la física ya ha explicado que las partí-

culas están en constante movimiento? ¿Para qué inventamos la categoría de quietud? Para gritarle algo al niño, tal vez.

Volviendo a la escena: nada parece escapar al ritmo impuesto por la velocidad de los automóviles; la onda expansiva de semejante calle afecta el ánimo, el aspecto, la posición de hombros y cejas de cada persona que

va a pie. Sin embargo, desplazando apenas la cámara hacia arriba, con un movimiento pequeño pero brusco, adrede para alertar de la miopía de nuestra percepción, podemos encontrar al pájaro sobre el cable, detenido, haciendo evidente la U alargada que es la forma en que reposan los cables. El pájaro canta y el canto es suave. Lo oímos porque al escribir

nos podemos acercar lo suficiente a cualquier rincón de la escena, y así también notamos el minúsculo arrullo del viento (que no llega a ser viento, no es más que una brisita animada) que mueve el cable. ¿Cómo logra el ave “estar afuera” de lo que sucede a escasos metros de sí? Para quien piense que es imposible escapar de la vorágine, el ave, contrera,

asegura: es fácil y ni siquiera hay que alejarse demasiado. E invita, para quien dobla el cuello buscándola, a descubrir el cielo, de un color celeste-saturación que es resultado de trillones de rebotes en la atmósfera de esa misma cantidad de rayos solares que son esa misma cantidad de veces más rápidos que el auto más veloz de la Tierra. Los pájaros no son

precisos en números; tampoco en metáforas. ¿Es la ilusión de “cosa celeste estática” lo que nos muestra el ave cantarina que, si quisiera, con facilidad podría volar hasta el verde viejo del billete que espera en la calle? Con esta pregunta, pero también con el grito asesino de un conductor ante la maniobra descalabrada

de otro, volvemos a la escena central de esta historia.

Son dos los hombres haciendo cálculos a uno y otro lado de la calle ancha (hemos destacado lo ancho, cuando la calle es más larga que ancha; lo que sucede es que la atención está dada en una franja tan angosta de ella que el largo general no importa). Y entonces, sin más pre-

ámbulo, la acción: uno de los hombres se lanza a cruzar la calle, logra esquivar dos, tres autos, pero el siguiente da de lleno en su cuerpo, lo hace rodar, lo... Y el rival, al verlo avanzar, repite la acción terminando debajo de la carrocería de un volkswagen.

Pero si esto hubiera sido así, estaríamos descansando, menos ági-

les que el pájaro, en una metáfora bien conocida: la de vidas lanzadas al descuido objetivo de conseguir dinero, así de sencillo, un objetivo material que lleva a dos competidores a la ruina, uno tal vez dando la espalda a su familia, a sus pasiones, encontrando la soledad y la angustia del alma, el otro reventando sus arterias por la presión, el estrés causado por

las responsabilidades que asumió frente a la posibilidad de que alguien más se quedara con el dinero que visualizó para sí.

El desenlace figurativo es de todos el más previsible: ya escuchamos estas historias. El ejercicio hoy es el de la especulación, y por eso estos hombres no cruzan la calle, sino que miran las

pantallas de sus celulares, dejan el tiempo pasar. Cada uno se asumió dueño de ese dinero y generó un intercambio a partir de la supuesta nómina; ninguno mintió, sólo presionó unos botones (concreta y simbólicamente) aduciendo la posibilidad de liquidez, y consiguió que otros apostaran por ellos. Los dos hombres se están enriqueciendo. Este

desarrollo de la historia, ahora sí, puede sentirse más actual.

Pero, también, mientras leemos, ha caducado.

No son las ruedas movidas por el combustible fósil las únicas que avanzan a paso inusitado. Las historias han vuelto a cambiar. A qué velocidad lo hacen, esto es difícil de decir: la luz sigue siendo lo más rá-

pido en este asfixiante universo; el atolondramiento social que modifica el devenir de lo que contamos, quién sabe cómo medirlo. Es tarea ardua dar con imágenes precisas para las nuevas historias. Una posibilidad, en estos tiempos, es la poesía, arte de lo inasible. Otra, quizá más valiente, la conjetura. Y en esta conjetura vemos llegar los camiones, remolques col-

mados de materiales. Los dos hombres, a uno y otro lado de la calle, se han puesto de acuerdo: uno de ellos, desde su celular, creó una compañía, personería jurídica, sociedad de responsabilidad limitada; el otro puso su firma digital en el contrato. El apretón de manos fue virtual. Comienza la construcción del puente. El billete será alcanzado desde arriba, con al-

gún artefacto que asista la recolección: una caña de pescar, un brazo robótico; esto lo decidirá un algoritmo especializado, entrenado a partir de la representación computacional de calle y billete. La geografía del lugar ha sido modificada y, siguiendo este comentario, modificamos la dimensión temporal del relato para observar que este cambio tras-

ciende el frío rescate monetario: el puente permanece mientras los empresarios pasan. Se han conectado dos territorios, y no es más el pájaro el único que puede elevarse ignorando el caos reinante debajo. Las personas ascienden y llegan al otro lado, el que antes no podían alcanzar. O se quedan arriba, mirando a lo lejos, ya que el puente ha dispuesto un nuevo

paisaje. No son pocos los que roman-  
tizan el arco y se abrazan, hacen pro-  
mesas o se proponen nuevas metas  
en la vida. El ansia material dio lugar  
a la contemplación espiritual. Y con  
este último símbolo, atisbo de un fu-  
turo posible elegido por arbitrio de  
quien escribe, FIN.